

Rojo intenso? Violeta? Rosa pálido? No, hoy simplemente se pondría un poco de brillo. En esto pensaba Ana frente al espejo, tras repetir su rutina diaria de las mañanas: apagaba el despertador que la sacaba normalmente de algún "sueño malo", eufemismo que ella usaba para evitar pensar, o saber, que tenía pesadillas; lo volvía a hacer sonar once minutos más tarde. Por fin se levantaba, ponía agua a calentar para su té con miel; mientras se vestía (la ducha la reservaba para las noches y así tener más tiempo para relajarse) escuchaba las noticias: la crisis haciendo estragos, a Palestina la estamos matando, el Athletic vuelve a perder en casa... da igual, sólo necesitaba ruido, llenar el vacío y no pensar, no pensar... Y por último el ritual frente al espejo. Acaba con los labios, aunque esa mañana se sentía diferente, de hecho su boca empezó a moverse, hacia delante, a un lado, a otro, la cerraba, la... no!!! Tendría que dejarlo para la noche, como hacía siempre, no podía permitirse esa clase de lujos, no tan temprano. Ahora tenía que enfrentarse a un nuevo día: un par de citas concertadas, dos tipos ya conocidos, quizás alguna nueva...

Así llevaba ya mucho tiempo, muchos años, dieciocho, desde aquella tarde, con quince años que su tío la dejó a solas con un muy amigo suyo. La noche anterior había recibido su primer beso en el portal de Nacho, ella todavía no sabía que iba a ser el último. Llevaba todo el día soñando con ese beso, aún lo podía sentir en sus labios. Sin embargo cuando aquel hombre se le acercó, ella instintivamente giró la cabeza. Lo que sucedió después no le importó, o sí, simplemente en ese momento decidió empezar a no pensar, no pensar... Y así había continuado estos dieciocho años. No sabía muy bien cómo había sucedido. Y ya eran muchos hombres, muchos giros de cabeza. Sabía que la gente hablaba, le llamaban prostituta, puta, fulana, zorra. Ella simplemente se dejaba llevar, sobrevivía, no pensaba.

Y al acabar el día, al quitarse la máscara tras la que se escondía todas las mañanas, se descubría frente al espejo. Entonces siempre le venía a la cabeza las palabras de su madre que tantas noches había escuchado, aquel cuento que le perseguía: "antiguamente mandaban las mujeres. Para ello, hacían creer a los hombres que eran espíritus pintándose todo el cuerpo y una máscara especial en la cara. Pero un día el Sol lo descubrió y se lo contó a los hombres, desde entonces..." no!!! No pensar, no pensar... Ella todavía podía esconderse todas las mañanas bajo su máscara y creer que mandaba. Y al quitársela intentaba vivir lo que había aprendido aquella noche con Nacho en el portal. Pero no podía, no era capaz de recordar cómo se hacía. Sus labios se movían, intentaba imitar lo que veía a menudo en la calle, en las cafeterías, en las películas... pero sus labios se negaban a obedecerla. Aunque esta noche era diferente; lo que había comenzado esa mañana se repetía, y sus labios se empezaron a juntar por sí solos, su boca se entreabría, su lengua asomaba tímidamente y su imagen cada vez estaba más cerca en el espejo... pero NO!! Aún no era el momento, no todavía; se separó bruscamente y fue a encender la televisión. Sólo quería no pensar, no pensar...

Alicia Cachero Martínez